

¿Dónde están las llaves?

LA sesión empezó con el matarile, ríle, ríle. El señor presidente anunció que algunas señorías habían olvidado sus llaves para votar. ¿Quiénes serían esas señorías olvidadizas? Si todavía estuviese en la Cámara Rafael Alberti yo habría pensado en seguida: «Claro, el poeta...» Pero Rafael Alberti ya no está. Llegó el llaverizo con las llaves de repuesto. Y he aquí que el primero que se acerca a recoger el duplicado es el señor presidente del Gobierno. ¡Vaya por Dios! Bueno, es natural: el viaje a Barcelona para lo de la Generalidad, la firma del Pacto de la Moncloa, los corrimientos de tierras en la U. C. D., el puchero donde se cuece la crisis... Encima no se va a acordar uno de coger la llave. Así que, ¡hala!, a salir al hemicycleo como un alguacillito. El segundo diputado sin llave es nada menos que el señor ministro de Hacienda, que se fué al Palacio de la carrera de San Jerónimo sin la llave para votar a favor de su propio proyecto de ley. ¡Dios mío, que no le pase lo mismo con la llave del tesoro público! A don Enrique Múgica también se le ha olvidado su llave. O se la habrán quitado los de la E. T. A. para introducir el terrorismo en las votaciones. Pilar Narvión, a mi lado, me dice, muy feminista: «No sale ninguna mujer.» Pues, sí. Sale Carlota Bustelo. Claro que Carlota Bustelo no tiene aspecto de ama de llaves.

¿Todos tienen su llave? ¿Sí? Bueno, pues entonces a pedir el «Guernica». Y todos los señores diputados, sin necesidad de usar la llave, se unen a la petición del Senado para solicitar la devolución del «Guernica». El señor Alvarez de Miranda —el arcángelico señor Alvarez de Miranda— se equivoca y dice que el «Guernica» es de Pablo Neruda. Es igual. Sus señorías ni se dan cuenta. Están hablando del diluvio que viene. Además, ya se sabe. Los tres grandes Pablos: Picasso, Neruda, Casals. Es igual. Se entiende. Se acuerda trasladar la petición al Senado de los Estados Unidos.

Y se votan los suplementos de crédito. Esto será un trámite. Al fin y al cabo, se trata de 100.000 millones de pesetas en número redondos. Se pone en funcionamiento el cerebro electrónico. El señor Alvarez de Miranda —el serafico señor Alvarez de Miranda— toca las teclas del «cerebro» como si fuese a pulsar el botón para la bomba atómica. Pero resulta que las votaciones del «cerebro» no valen. La votación ha de ser pública. ¡Levántense sus señorías! Primero los que digan «sí», luego los que digan «no», y por fin los que se abstengan. O sea, que las llaves no sirven para nada. Hay tres suplementos de crédito digamos que conflictivos: uno para Hunosa, otro para la Renfe, y el más conflictivo de todos: para la Transmediterránea.

Don Tomás García explica el voto del Partido Comunista. El «pecé» dice que sí para liquidar la herencia nefasta de la Dictadura, que no sabía hacer presupuestos, y que los hacía triunfalistas, tranquilizadores y falsos. Don Tomás García llama al señor Fuentes Quintana «vice-primer ministro». El señor presidente del Gobierno sonríe. Eso de vice-primer ministro parece una premonición de mal fario. De todas formas, no van esos tiros por el lado del señor Fuentes Quintana.

Don Enrique Barón arremete, en nombre de los socialistas, contra el crédito para la Transmediterránea. Don Enrique Barón parece ese niño prodigio que ha nacido en el partido conservador inglés.

Es el niño prodigio del P. S. O. E. Habla sin papeles delante y además con buen humor. Es el anti-Alfonso Guerra. Y dice que el ordenador electrónico de las Cortes es como el del Ministerio del Interior. Las cifras no coinciden. Habla de nacionalización y dice que esa palabra causará escalofríos, no sólo en la derecha, sino en la izquierda más moderada, y entonces va y mira hacia los escaños del Partido Comunista.

¡Bendito sea Dios! Algo grave y grande está pasando en este país. Algo nunca visto. Un discurso de ministro en las Cortes que dura seis minutos. En seis minutos, el señor Fernández Ordóñez —que es como Juanjo Menéndez, pero más nutrido— defiende impecablemente el proyecto. Y a partir de aquí se arma el barullo. Don Baldomero Lozano, también en nombre de los socialistas, pide que el impuesto sobre el patrimonio se amplíe a las personas jurídicas. Todo parecía que iba como una seda. Pero don Baldomero Lozano —que también habla sin papeles, que también es joven y que también se ha aprendido su asignatura— ha traído la manzana de la discordia. Don Jaime García Añoveros, maestro del señor Lozano, responde al discípulo. Y el discípulo replica al maestro. La gloria del discípulo es honra del maestro. El señor Tamames pide la palabra para explicar que se unen los comunistas a la enmienda de los socialistas. El señor Alvarez de Miranda —el querubinesco señor Alvarez de Miranda— dice que no. El señor Tamames dice que sí. El señor Tamames sube a la tribuna. El señor Alvarez de Miranda abre los brazos y advierte que sólo puede intervenir sobre los términos de una última propuesta para fijar el coeficiente del impuesto. Pero el señor Tamames empieza un discurso explicativo. Al final del forcejeo, el señor Alvarez de Miranda agita la campanilla. El señor Tamames insiste. Y el señor Alvarez de Miranda le manda a su escaño. Y el señor Tamames se despidió: «Pues que nos unimos a la enmienda.»

Se vota la enmienda. La mitad de la Cámara se pone en pie para votar a favor. La mitad se pone en pie para votar en contra, 142 votos a favor por 154 en contra. Pero no vale. Otra vez a votar. 147 a favor y 158 en contra. Tampoco vale. Los secretarios cuentan los votos para cotejarlos con los del «cerebro», pero los secretarios tampoco se ponen de acuerdo. Por fin, se cuentan los votos a favor y en contra fila a fila. Resultado final: 147 votos a favor de la enmienda y 164 en contra. En estos últimos están incluidos los 14 votos de Alianza Popular.

Los diputados de la Unión de Centro han pagado el voto de Alianza Popular votando en contra de que el señor López Rodó pudiera defender una enmienda tan razonable como la de no pagar impuesto por la cotización de los valores mobiliarios tomando índices atrasados. ¡Precisamente ahora que de un trimestre a otro bajan en picado las cotizaciones! ¡Cortesía parlamentaria! El señor Fernández de la Mora cambia unas palabras, que se adivinan agrias, con don Adolfo Suárez. Y por fin se aprueba el proyecto. En realidad se ha aprobado todo. Todo menos las enmiendas. Es decir, como en las orgánicas.

En las últimas votaciones, Alianza Popular se abstiene. Sus abstenciones son 13. El señor Alvarez de Miranda —el adorable señor Alvarez de Miranda— dice «trescientas abstenciones». Y hasta el jueves. Porque hoy hay partido. Casi partido político: contra Rumania.—Jaime CAMPANY.